

— ¿Sabe, al menos, Majencio, qué impudente pediguño hospeda en su casa?

— Quizá no les haya pedido nada á ellos.

— Me extrañaría. En todo caso, á mí no me deja respirar. Desde nuestro casamiento le he hecho dar más de mil francos. No es por el dinero, ya conozco mis ideas sobre eso. Pero es que esta mañana me ha enviado una carta pidiéndome que le reciba. Y eso, no.

— ¿Entonces, qué? ¿Quieres que le vea yo?

Pedro tuvo un momento de indecisión que no pasó inadvertido para Teresa.

— Tal vez fuera mejor. Hazle comprender que puede escribirme, pero que, en cuanto á recibirle, que no cuente con ello. Advierte además á tu amigo Majencio que me molesta ver en mi casa á huéspedes de esa calaña.

Pedro, á pesar del dominio que sobre sí mismo tenía, se animaba. La angustia que tantas veces, durante el viaje de boda, había atormentado á Teresa, le dió un pellizco en el corazón. Pensó: « Pero, ¿á qué vienen estos repentinos temores?... esto es absurdo » Y se apresuró á cortar la conversación.

— Pierde cuidado, le dijo á Pedro, me encargo de todo.

Habían vuelto cerca del olmo gigante, junto á las sillas, ya vacías, de la mesa abandonada. No vieron, ocultos por manojos de laureles de España y de alheñías, á Susana conversando en tono de discreteo con el barón. Como siempre, la soledad excitó en Pedro

y en Teresa un impaciente deseo: sus labios se unieron... cuando se desunieron, Pedro vió á Susana, lo cual, en cierto modo, le molestó. Llevó á su mujer hacia la escalera de la terraza. Desde los primeros peldaños, Teresa le siguió. Se había ella cogido de su brazo, no pudiendo separarse de él, angustiada, cual si corriera grave peligro estando sola.

Mientras, Susana y el barón Moulier seguían en pie detrás de la verde arboleda. Ahora, la joven no veía ya á su hermana y á su cuñado. Silenciosa, arañaba maquinalmente la grava con la contera de su sombrilla.

El barón le decía:

— Prométame sentarse junto á mí durante el trayecto en automóvil... Y, cuando llegemos á Birón, no me deje por Archeres... Si ha de seguir Archeres cortejándola á usted como hasta ahora, prefiero volverme á París.

— ¡Ah! ¿Conque es usted celoso? preguntó Susana.

— Soy celoso, cuando menos de la reputación de usted.

Susana torció el gesto.

— Celoso de mi reputación... Esa es una frase de mi padre... ¿Acaso tendría usted intención, querido, de hacer sus veces, en todo, para conmigo?

— Es usted exasperante, contestó Moulier. De sobra sabe usted que soy celoso en todos sentidos.

Susana fingió sorpresa:

— ¿Entonces... usted me ama... con pasión? Desconcertado, el barón replicó:

— Pues sí... con pasión... naturalmente.

Y el tono de su voz significaba de tal manera la sorpresa, el malestar, en vez de la pasión, que Susana rompió á reír á carcajadas. En el mismo momento, Teresa, después de dejar á Pedro, se encaminó hacia la joven pareja.

— Señorita, dijo el barón amoscado, tengo buen carácter, pero no puedo, sin embargo, permitir que se mofen de mí. Hasta la vista.

Se alejó, pasó junto á Teresa y subió hacia la terraza.

Susana le gritó, sin dejar de reírse :

— ¡Hasta luego !... ¡ En el automóvil pequeño !

Él no contestó, y desapareció sin volver la cara.

— ¿ Qué nueva fechoría le has hecho ? preguntó Teresa á su hermana.

— Nada, que me he permitido reírme porque me ha dicho : « La amo á usted » igual que hubiera dicho : « Tiene usted un sombrero muy bonito ».

— Siempre le estás pinchando, dijo la hermana mayor en tono de ligero reproche. Acabarás por hartarlo.

— Te diré, querida, que lo mismo me da, contestó la joven. Pero, no, no se me escapa : está enamorado... es decir, todo lo enamorado que puede estar un hombre correcto y frío como él. ¡ Ah ! no es un Pedro Hountacque, mi baroncito... Si le hubieras oído, hace un rato. (Le imitó :) « ¡ Pues sí... con pasión... naturalmente ! » ; No... no es un Pedro Hountacque ! Es verdad, añadís después de un corto silencio, que tampoco yo soy una Teresa.

— ¿ Qué quieres decir ?

Susana llevó á Teresa á una sendita estrecha y sinuosa, sombreada por una bóveda de copudos árboles, que al pronto se alejaba del castillo, cortando luego el terreno cubierto de hierba, para, por fin, volver al otro lado de la fachada.

— Escucha Teresa, le dijo. Me río como me ves reírme, pero en el fondo, tengo cierta melancolía. Cuando os observo, á Pedro y á ti, adivino una felicidad que yo no disfrutaré jamás. Os envidio un poco. Hace un rato... contra el olmo, os he visto... sí... no merece que te pongas colorada, Teresa, tienes derecho á besar á tu marido. Os he visto y te envidié. ¿ Cómo es mi naturaleza moral ? El flirt me divierte sobremanera : pero, eso que llamáis amor... me deja tan fría, tan fría, que hasta no sé si no me repugna un poco.

— ¡ Qué niña eres ! dijo Teresa. Todo eso no es más que imaginaciones de chicuela. Cásate, y comprenderás el amor.

— ¿ Con Moulier ?

— Con él, si le quieres.

— Es el que menos me disgusta, dijo ella en tono lastimero, bastante gracioso.

— Entonces, cástate con él.

Continuaron algún tiempo andando bajo la hojarasca. La senda formaba recodo, llegando á una región descubierta, entre dos bandas de césped. La fuerza del sol las sorprendió, y, lentamente, regresaron hacia el castillo.

— Tú, prosiguió Susana sin rodeo, sin transición, tú estabas enamorada de Pedro antes de casarte. Saltaba á la vista : no soñabas más que con verte sola con él. Y el matrimonio, en nada ha alterado aquel cariño... Acabáis de pasar tres meses solos y no estáis hartos. ¿ No es cierto lo que digo ?

— Nunca estaremos hartos, dijo Teresa.

— ¡ Cuánto le quieres !

— Sí, repuso la mayor, pensativa, acortando aún más el paso. Hasta el punto de preguntarme si no comenzó mi vida el día en que le conocí. Las cosas que me rodean, las personas, tú misma, Susana, todo lo veo de otro modo que antes. La fuerza, la inteligencia, la vida de Pedro, todo eso, poco á poco, se vuelve yo, forma parte integrante de mí. Y cuando me encierra en sus brazos... como nos has visto hace poco... no nos impulsa únicamente una atracción de nuestros sentidos ; hay en nosotros... ¿ Como diré ? la necesidad tierna de acelerar esa unión absoluta, esa penetración recíproca de nuestros pensamientos, de nuestras voluntades... ¿ Me comprendes ?

— Casi. Pero ¡ ay ! bien segura estoy de una cosa : de que el barón y la baronesa Moulrier ignorarán siempre esos superiores sentimientos y esa fusión total. Sobre todo si yo soy la baronesa.

Pronunció estas últimas palabras con una vaga tristeza ; de repente hizo una pirueta de pavana y soltó una carcajada :

— ¡ Bah ! exclamó : después de todo, la vida tiene us encanto, con los deportes, los trapos y el flirt.

Y, parándose :

— Mira, dijo.

Teresa alzó la frente. Habían llegado á la orilla de la senda, junto al olmo. Contra la mesa de trenzas de castaño, Majencio Chretien esperaba, en pie. Tenía un traje pardo claro, estrecho, y un sombrero de paja con cinta azul. Con una mano se apoyaba sobre un bastón de forma de cayado ; con la otra, con movimiento familiar en él tiraba de las puntas de su bigotillo. Al ver á las dos hermanas tuvo un sobresalto, y, en seguida, su actitud, natural y descuidada hasta entonces, tomó un empaque tan inelegante como pretencioso. Se descubrió, apartó de ellas su mirada, y no se atrevió á adelantarse. Susana dijo en voz baja á su hermana :

— Voy á arreglarme un poco : no tengo nada que decir á tu enamorado. Hasta la noche.

Teresa, adelantándose á su hermana, fué á dar la mano al joven.

— ¿ Es á mí á quien usted busca, Majencio ?

— Sí... señora... ó, más bien... al pasar, me he parado aquí un momento. Pero no quiero retenerla á usted.

— No tengo nada que hacer ; no saldré hasta las cinco.

Susana evitó aproximarse. Atravesó á distancia, camino de la escalera, y contestó con un ligero movimiento de cabeza al saludo y á las « ¡ buenas tardes, señorita ! » de Majencio.

— Siéntese, Majencio, dijo Teresa.

III

El joven obedeció. Quiso poner su sombrero sobre la mesa; luego, de repente, temiendo ser incorrecto, lo puso en el suelo. Comprendió Teresa que agravaría su atrevimiento invitándole á que se cubriera, y le dijo sencillamente:

— Hace algunos días que no le he visto á usted, Majencio. Pero he tenido noticias tuyas por su madre, y sé que la salud de usted sigue siendo buena. ¿Ha podido usted reanudar sus habituales tareas?

— Sí, me entretengo en hacer cosillas. Además, no seguiré aquí mucho tiempo: es preciso que vuelva á París.

Se esforzaba en hablar con soltura, pero no conseguía sino hablar secamente, tartamudeando un poco.

— ¿Por qué? dijo Teresa. Aproveche usted este hermoso tiempo para quedarse en Roquefón. Restablézcase por completo.

Majencio, con los ojos bajos murmuró:

— Gracias, señora, es usted muy amable.

Luego, como si tomara carrera, levantó los ojos, miró á Teresa de una manera casi amenazadora, y dijo:

— Tengo que hacerle á usted una petición... de parte de una persona...

— Creo estar al corriente, interrumpió Teresa. ¿Ese señor que está en casa de ustedes, verdad? El señor...

— Couderc.

— ¿Desea el señor Couderc hablar con mi marido?

— Sí, dijo Majencio afirmando su voz, la cual tomó en el acto un tono de hostilidad, de disputa. Ese señor ha escrito ayer al señor Hountacque, y está extrañado de no haber recibido ninguna contestación.

— Su amigo de usted es muy formalista, dijo Teresa sonriendo — sonrisa involuntaria que hizo sonrojar á Majencio. Tengo encargo de mi marido de darle verbalmente la respuesta que solicita.

— Majencio pensó en voz alta:

— Sin duda que el señor Hountacque juzga indigno de él hablar con nuestro amigo Couderc, por ser éste demasiado pobre.

— Es usted absurdo, Majencio, replicó vivamente Teresa. Olvida usted que Pedro me encarga que reciba á su amigo de usted.

— Justo, dijo Majencio. He dicho una tontería. Perdone usted.

Miró á Teresa; su timidez había desaparecido, y ahora volvía á ser el mismo, á la vez tierno y violento, pero esclavo de aquella hermosa mujer que le trataba con indulgente autoridad.

— Además, no ignora usted, prosiguió Teresa, que no se le puede reprochar á Pedro el ser algo altivo. Pedro se ha creado él mismo su posición; no olvida que en otro tiempo trabajó con sus manos. En eso consiste su altivez.

— ¡ Oh, no me quejo del señor Hountaque! Mal me estaría el quejarme de ese señor, después de lo que ha hecho por nosotros.

— Entonces, ¿ de quién se queja usted? ¿ De mí? Majencio hizo un movimiento, en seguida reprimido, como para coger las manos de Teresa.

— ¡ Oh, usted... usted es única!

Su semblante se nubló:

— ¿ Ha notado usted cómo me trata su hermana? ¡ Apenas si ha contestado á mi saludo, hace un rato! Y pasa sin acercarse, como si yo estuviera apesadoado...

— Susana tiene esos modales con todos los hombres. Trata al barón Moulrier como no se dejaría usted tratar. Y, después de todo, ¿ qué puede importarle á usted eso, Majencio? ¿ Por qué estar siempre en acecho de pretextos que lastimen su sensibilidad, ó, más bien, su amor propio? ¡ Viva usted para sí, para su madre, para sus amigos, y no se ocupe constantemente de lo que los demás, que nada tienen que ver con usted, piensan ó no piensan de usted!

Majencio bajaba la cabeza, como un niño, á quien han reñido y que está enfurruñado. Teresa miraba con afectuosa compasión aquella cara plebeya, inteligente, inquieta, nada guapa, pero, después de todo interesante, salpicada de pecas, aquellos cabellos de color de paja tostada, aquel cuerpo flaco retorcido por un rencor combatido. Adivinaba ella la secreta herida de aquel ser, herida que exacerbaba á la vez el corazón y el espíritu. Hubiera querido curarla, pues su felicidad presente la hacía compasiva para las desdichas ajenas. Pero, ¿ qué hacer? ¿ Cómo tocar, sin irritarlo, á aquel nervioso, á aquel enfermo?

Majencio murmuró, sin mirarla:

— ¡ Si usted supiera cuán doloroso es, á veces!

— ¿ Qué es lo que es doloroso, Majencio?

Tardó en contestar, y sus palabras no fueron una respuesta á la pregunta de Teresa.

— Su marido de usted es generoso para con nosotros, dijo. Su papá y su hermana de usted, menos afables, no nos han, sin embargo, desagradado ni humillado nunca. Pero, no obstante, en la Hitte, en esa casa que la generosidad de ustedes nos presta, somos inferiores, y ustedes nos consideran como tales, y tienen razón. Nosotros mismos comprendemos que no somos otra cosa.

— ¡ Qué majadería! exclamó Teresa. Ustedes no son inferiores á nadie.

Majencio sonrió tristemente.

— ¿ Me recibiría usted en su casa, quiero decir, en su salón, cuando usted recibe, cuando hay visitas?

— Cada vez que le he invitado á usted, se ha negado á venir. Es usted un salvaje. Ni siquiera ha asistido usted á mi boda... Vaya, pues desde ahora le invito á usted para la fiesta que daremos en París cuando inauguraremos nuestro hotel; le enviaré á usted un billete de invitación.

— Si tengo la debilidad de aceptarla, constará que recibe usted á un inferior. ¡Ah, esa sensación de inferioridad! Cuando usted y yo éramos casi unos niños, no sentía yo nada de eso. Esa sensación la he experimentado con la edad. Ha ido creciendo desde que está usted casada. Jamás seré yo el igual de Pedro Hountacque. Pedro Hountacque ha podido ser pobre, no ha mucho aún: no por eso dejaba de ser un señor, cosa que yo no soy. Es un hijo de familia cuya juventud ha sido borrascosa, nada más. Entre él y yo habrá siempre esta diferencia, diferencia que jamás podré yo borrar. Acaso llegue el día en que sea yo conocido; acaso gane mucho dinero: no por eso dejará de subsistir mi origen, y mi inelegancia de obrero de arte no se corregirá.

— Está usted diciendo locuras, protestó Teresa. Si, como usted pretende, son inelegantes sus modales actuales, á su juventud y á su pobreza momentánea hay que achacarlo. La edad y el éxito cambiarán todo eso. El mundo está lleno de hombres que, como usted, partieron de una situación modesta, y hoy pueden igualarse con los más ilustres y más encopetados.

Majencio movió la cabeza:

— Es posible, después de todo, dijo.

— ¡Pues entonces!

— Será demasiado tarde.

Teresa no contestó, adivinando que la conversación corría riesgo de volverse peligrosa y que valía mejor cambiar de asunto. Pero Majencio se levantó, y, tan pronto inmóvil, tan pronto yendo y viniendo delante de Teresa, prosiguió, agitando su bastón, excitándose con su propia voz.

— ¿Qué puede importarme ser célebre ó ser rico á los cincuenta años?... No dejo por eso de ser, hoy, Majencio, el obrero de Labrique. Soy eso para los invitados de usted, para esos señores que « matan » el tiempo jugando á las cartas, para ese tieso y helado de Pontmagne y para ese imbécil de barón Moulrier. Soy eso para su hermana de usted, que se quemaría la mano antes que dármele. Soy eso para su marido de usted, que me dirige de cuando en cuando tres palabras protectoras, pero á quien no se le ocurre que hay pensamientos en mi cabeza y que soy hombre con quien se puede hablar. ¡Y soy eso para usted... sí para usted, á pesar de ser usted la sencillez y la indulgencia personificadas! No proteste usted: no puede usted hacer que sea de otro modo; y, aunque tuviera yo el porvenir más brillante del mundo, hoy soy para usted, como para todo el mundo, un artesano, hijo de una criada distinguida, un menor bajo la tutela del borracho mendigo Jorge Couderc. ¡Porque bien, eso es lo que me destroza y me consume! Pues no hay, en el mundo, más que una sola persona que

cuenta para mí, bien lo sabe usted... y esa persona es usted. Me siento el igual, por la inteligencia, por el corazón, del hombre á quien usted ama, al que ha conquistado ese tesoro, esa maravilla ! ¡ Sí, señora, sí ! me siento su igual por la inteligencia, por el corazón ; pero soy su inferior por el nacimiento, por la educación. Y, siendo así ¿ qué me importa llegar á ser rico, conocido, oficial de la Legión de honor, y hasta adquirir los modales de un hombre de mundo (de lo cual dudo, por cierto), cuando tenga cincuenta años ?

Volvió á caer sobre el sillón rústico que había dejado, y, lleno de vergüenza, se tapó la cara con las manos. Cuando las despegó de su rostro, no se atrevió aún á mirar á Teresa. Permaneció con los ojos fijos enfrente de él, con el corazón palpitante, en espera de la reprimenda. Reinó así, entre los dos, un prolongado silencio. Teresa lo rompió diciendo con voz voluntariamente firme y tranquila :

— Me ha anunciado usted la visita de su tutor, Majencio. ¿ A qué hora ha de venir ? Porque salgo á las cinco.

Majencio alzó su mirada.

— Es verdad, dijo. Hablo, hablo sin tino, y olvido á ese pobre Couderc... Me espera, desde hace media hora, á cien pasos de aquí en el « banco de la Fuente » ¿ Me permite usted ir á buscarle ?

— Desde luego... Traígamelo usted.

Majencio recogió su sombrero y partió. Sola, Teresa meditó. La violenta salida del joven la había an-

gustiado. No porque le chocaran ó inquietaran los sentimientos de Majencio : sabedora de la influencia que ejercía sobre éste, no temía que pasara de los límites fijados por ella. Pero veía claramente el antagonismo que aquellas palabras significaban contra su marido ; y, como esposa que amaba, se alarmó un poco. Pero, después, pensó : « Es un niño... El primer éxito serio, el primer amorío le harán olvidar... »

Regresaba Majencio, acompañado de un hombrecillo vestido de negro, cuyo traje de « ceremonia » y cuyo sombrero de copa formaban extraño contraste con aquel decorado agreste, con aquella alegre luz. Majencio le precedía un poco, con paso recto, provocativo, que le sugería su orgullosa timidez en cuanto suponía que era observado por alguien. Teresa, sentada, les miraba llegar. Pero, de repente, la angustia de hacía poco, la angustia sentida cuando Majencio dejó escapar su rencor contra Pedro, volvió, mucho más intensa, punzante, embargando todo su ser y comprimiéndole el corazón, como si una espantosa amenaza, un peligro mortal se encaminara hacia ella entre aquellos dos hombres que venían...

« Pero, ¿ qué tengo yo ? pensaba ella, apelando, para serenarse, á todo el esfuerzo de su energía. Nada tengo que temer de Majencio, quien me es fidelísimo. Y, en cuanto á Couderc...

Palideció ligeramente ; su sangre empurpuró de nuevo sus mejillas.

« La actitud de Pedro respecto de Couderc es la que me ha inquietado. ¿ Por qué no le ha recibido él

mismo, ó no le ha escrito negándose á recibirle? »

Una especie de instinto, una adivinación tan poderosa que ni siquiera la discutía, enlazaba, para ella, esa actitud de Pedro con el misterioso desconocido presentido por ella antes de casarse, no olvidado á pesar de las felicidades del viaje nupcial, y cada vez más temido, contrariamente á sus previsiones, desde su regreso á Francia.

Mas ya los dos hombres estaban delante de ella. Se esforzó en hacerse, para ellos, hábil y amable al mismo tiempo, como si toda la suerte de su hogar descansara momentáneamente sobre ella. Por cierto que, de cerca, no parecían muy temibles, tan intimidados uno como otro : el joven, engarrotado por su esfuerzo en aparentar soltura natural; el hombrecillo de negro, macilento, sin edad, trayendo en la mano su sombrero de copa muy gastado, enguantado de rojo, tratando de hacer más humilde aún su pobre cara estropeada : resignada, inteligente y un poco servil, pero en ningún modo inquietante. Escasos cabellos coronaban su cráneo, mal arreglados, ni rubios ni blancos. Lo que Teresa observó sobre todo, fueron los ojos, ojos azulados en que el alcohol había puesto su sello, esos ojos que parecen excitados, febriles, pero todo ello detrás de un velo, detrás de un vaho de humor turbio y de una redecilla de venillas ensangrentadas.

— Señora, dijo Majencio casi con arrogancia, tengo el honor de presentar á usted al señor Couderc, antiguo jefe de contabilidad del Crédito colonial, quien conoció al señor Hountacque en Tunisia.

El hombre se inclinó, muy cortado. Teresa le dijo amablemente :

— Siéntese usted, señor. Y usted también, Majencio.

Obedecieron, pero ni uno ni otro pudieron articular una palabra. Entonces : Teresa continuó :

Sé, caballero, que usted deseaba hablar á mi marido. El señor Hountacque está obligado á ausentarse hoy, y me ha encargado que le reciba á usted en su lugar. ¿Tiene usted que decirle algo que no pueda ser confiado á una carta?

El hombre de negro, con los ojos bajos, y atusando su sombrero con la palma de la mano, hizo una porción de muecas puramente nerviosas, muecas de alcohólico, antes de lograr responder :

— ¡Oh, no, señora! Puedo escribir al señor Hountacque. ¡Pero, es que le he escrito ya tantas veces!..

Y, alzando su mirada, prosiguió en tono modesto que tranquilizó á Teresa :

— Es precisamente... porque le he escrito con tanta frecuencia, quizá con demasiada frecuencia... que quería yo, al encontrarme de paso en casa de la señora Chretién... excusarme cerca de él, darle las gracias, hacer lo que manda la cortesía. Pero, comprendo que tenga él otras cosas que hacer. Si la señora tiene á bien decirle que venía sencillamente á presentarle mi respetuoso saludo... ¡Nada más... nada más!

Mientras esto balbuceaba Couderc, Teresa observó á Majencio : le extrañó la alteración de sus facciones.

Se notaba claramente que le irritaban la humildad, el aplastamiento de su amigo. Teresa se apresuró á decir :

— Á mi marido ha de impresionarle favorablemente la atención de usted ; tenga por seguro que se la ha de agradecer.

Invasada de nuevo por el deseo de asegurar el porvenir, de conjurar, en cuanto estuviera á su alcance, vagos peligros, añadió :

— Y, por de pronto, si alguna vez necesita usted verle... diríjase primero á mí. Yo, tengo más tiempo disponible que él.

El semblante de Couderc se iluminó :

— ¡ Oh, señora ! ¿ de veras ? ¿ Me permite usted que le escriba ? Tuve yo tal atrevimiento la víspera de la boda de usted y... fué el señor Hountacque quien me contestó. Así es que, desde entonces, ya no he vuelto á atreverme.

— Seguramente, puede usted escribirme. Y le contestaré. Cuando la primera carta de usted, aún era yo una muchacha soltera...

— ¡ Me dí cuenta después, señora ! Perdóneme. Nosotros, ignoramos las costumbres de cierto mundo ; eso, usted lo comprenderá bien !

— No había en ello incorrección alguna, se lo aseguro á usted, replicó Teresa, viendo crisparse de nuevo las facciones de Majencio. De modo que, queda convenido. Siempre que usted quiera, diríjase á mí.

Es usted demasiado buena, señora.

Los tres se levantaron. Un momento, Teresa pensó

en ofrecer en el acto á Couderc lo que ella adivinaba que él había venido á buscar : un socorro en dinero. La presencia de Majencio se lo impidió. Pero, queriendo en absoluto mostrarse amable, dijo :

— Me veo obligada á dejarles á ustedes, señores. Pero, tengan á bien quedarse aquí un momento. Es éste uno de los sitios más agradables de la finca. Dispongan de él. ¿ Aceptará usted una copa de aguardiente del país, caballero ?

— ¡ Ah, señora, eso no se desprecia ! contestó Couderc.

En efecto, es la costumbre de aquella región.

— Yo no, señora, dijo secamente Majencio.

Teresa llenó una copita y la ofreció á Couderc, quien no se atrevió á beber delante de ella y la descansó sobre la mesa, con ademán encogido. Teresa tendió la mano á los dos hombres :

— ¡ Hasta otro día, señor ! Hasta otro día, Majencio.

La saludaron, y, sin pronunciar palabra, la miraron dirigirse hacia la escalera, y subir las gradas de piedra. Desde lo alto, se volvió á medias é hizo á Majencio un saludo amistoso. Después desapareció sobre la terraza.

Oyeron la puerta del castillo cerrarse tras ella.

Aquel ruido de puerta pareció desatar á Couderc, devolverle la soltura de sus movimientos. Se cubrió, bebió de un solo trago el aguardiente, hizo con los labios un gesto admirativo, y, sentándose de nuevo, volvió á llenar su copita.

— ¿Qué estás haciendo, padrino? dijo en tono serio Majencio, quien seguía en pie.

— No hago daño á nadie, replicó Couderc saboreando á sus anchas su segunda copita. La señora de Hountacque me ha convidado á tomar un refresco. Acepto y me aprovecho. Te confieso que mi situación de fortuna no me permite probar á menudo un aguardiente semejante.

— ¡Padrino, por favor! insistió Majencio. ¡Vámonos!

— ¡Qué ser tan raro me resultas, muchacho! suspiró Couderc. Eres tan orgulloso como lo era tu padre. Pero hay que hacer siempre lo que se te antoja... Vaya, te sigo.

Majencio le precedía, pensativo. Al notar que no le seguía su compañero, se volvió: Couderc estaba tomando una tercera copita.

— ¡Voy, voy!... gritó el pobre diablo.

Y acudió, corriendo. Majencio, descontento, no pronunciaba palabra. Su padrino le seguía, medio encorvado, como un perro que teme algún palo. En el recodo del camino, se atrevió á decir:

— ¿Estás enfadado contra tu viejo padrino, pequeño?

Y se detuvo.

Majencio tomó su brazo. Sintió que aquel brazo temblaba: las tres copitas seguidas habían bastado para romper el frágil equilibrio nervioso del alcohólico, y ya Couderc no era del todo el mismo como cuando se presentó ante Teresa, sin alcohol, merced

á Majencio que había estado vigilándole durante toda la mañana. Leyó Majencio en los ojos de aquel hombre, á quien compadecía y á quien quería, ese alucinamiento, esa exaltación de la persona que le amedrentaban y le horrorizaban, á él sobrio obrero de arte, que jamás tomaba una copa de licor.

El viejo repitió:

— Estás enfadado con tu padrino. Haces mal. No tengo más que á ti en el mundo. Ves que Pedro Hountacque se desentiende de mí, y también tú me entrísteces... Pues se desentiende de mí, Pedro. Bien lo he comprendido; no soy tonto. Ya no quiere nada conmigo. Pues hace mal... Por fortuna, su mujer es menos dura. Es muy simpática, su mujer.

Y, después de algunos pasos dados en silencio, añadió:

— Mira, querido, las mujeres son del todo buenas ó del todo malas. La mía es del todo mala. Por eso soy lo que soy. ¡No seas tú malo para mí!

Majencio, enternecido, replicó solamente:

— Ven, padrino, volvamos á casa.

En ayunas, Couderc era más bien callado. No se volvía hablador sino después de haber bebido, cuando el humo del veneno recientemente absorbido le trabajaba la cabeza y el estómago. Entonces charlaba, pero sin divagar; es más, mostraba una lucidez de raciocinio que no tenía cuando estaba sin bebida.

Los dos hombres siguieron la senda; daba á un bosque de alcornoques. Con sus troncos despojados,

rojizos, su recia estructura que recuerda, aunque más achaparrada, la del roble ordinario; su follaje, cuyo color es como el del olivo, los bosques de alcornoques ofrecen al transeunte una sensación de misterio y de serenidad. El de Roquefón, muy cuidado, evocaba los bosques sagrados antiguos. Al final, el terreno del parque se recogía hacia un estrecho valle; un regatillo dibujaba este camino. El manantial de donde brotaba el regatillo había sido, años antes, ensanchado, mejorado. Allí habían puesto un banco de piedra, el cual estaba casi cubierto de musgo. Era el « banco de la Fuente », en donde Couderc había esperado á Majencio antes de presentarse á Teresa.

— Vamos á descansar un momento sobre el banco de la Fuente, dijo Couderc, cuyo paso se arrastraba. La marcha me calienta la cabeza; me siento como aturdido.

Majencio accedió. Ambos bajaron el sendero sinuoso, pero bien trazado, que conducía al banco. Ya que estuvieron sentados juntos, el joven cincelador observó durante algún tiempo á su compañero, quien, con manos que parecían tiritar de frío, liaba contra-bajo un cigarrillo. Eran manos flacas y largas, descuidadas, pero finas, en las que un quirógrafo adivinara espíritu aguzado, habilidad en comprender, curiosidad ingeniosa.

— Padrino, dijo Majencio.

— ¿Qué, pequeño?

— ¿Quieres hacerme un gran placer?

— Claro que sí.

— No escribas á la señora de Hountacque para pedirle dinero. No les pidas nada, ni á ella ni á su marido, por favor; me apena mucho el que les escribas. ¿No estoy yo aquí, si necesitas algo? No somos ricos, mamá y yo; pero, algún dinerillo, de cuando en cuando...

Dió Couderc algunas chupadas á su cigarrillo, y contestó:

— Jamás te pediré nada á ti, mi pequeño Majencio. Tienes la suerte de que no hay mujer alguna en tu existencia; sería por demás repugnante el que el dinero de tu trabajo fuera á la mía.

Su cigarrillo se abría. Reparó el desperfecto mientras con voz tranquila y sin cambiar de tono, proseguía:

— Pequeño, desconfía de las mujeres. Quédate como estás, solo en tu casa, con tu madre. Ya ves adónde he llegado; soy un borracho y un mendigo, te doy asco... Sí, te doy asco, pero no tanto como me doy á mí mismo. Sin embargo, tu madre puede decirte: cuando yo tenía tu edad, era yo un muchacho limpio, alegre, y no tonto; tenía porvenir, puesto que sustituí á tu buen papá, en el Crédito colonial de Túnez, para el servicio de los cheques... No tenía más que andar derecho y dejarme vivir; quizá llegara á director de agencia, con siete ú ocho mil francos de sueldo. Una mujer ha bastado para estropear todo ese porvenir... una de esas coloniales, como las hay allá... no puedes figurarte qué astutas son para agarrar á los hombres. La mía decía que quería ser

artista, ir á París... Hice la necesidad de casarme con ella, de dejar mi situación para seguirla. ¡Vaya una vida que ha hecho, en París! Ni sé cómo está en pie. Yo, estoy hecho un trapo viejo; en cambio, no pasan años por ella, la bruja... ¡Y un afán de dinero, de dinero!... Yo, con medio franco de tabaco y un franco de aguardiente bueno, estoy listo. ¡Pero ella... trajes, sombreros, coches! Y, aunque me pone en ridículo y no me quiere, sigo con ella, y me deshonro pidiendo dinero para que no me deje del todo, para que, siquiera, pueda yo poseerla á cambio de dinero, como la poseen los demás...

No era aquella la primera vez que Coudere confesaba su rebajamiento ante Majencio; pero nunca, quizá, lo había hecho con tanta crudeza y con tal acento de desesperación. El joven se sintió hondamente emocionado. Tomó la flaca mano de su compañero, sin encontrar palabra alguna para consolarle ó reñirle. ¡Para qué, las palabras! Nada daba tanto la impresión de lo « definitivo » como aquel pobre hombre doblado sobre un banco, con las manos sobre las rodillas, haciendo muecas nerviosas, moviéndose aun después de haber terminado de hablar, con la colilla de su pitillo pegada en el labio inferior.

Bruscamente, Coudere se volvió hacia Majencio, y, mirándole con aquellos sus ojos á la vez encendidos y turbios, encendidos detrás de un velo:

— Te he dicho que me doy asco á mí mismo, pequeño. Pero, á pesar de todo, es preciso que tengas por seguro, y también tu madre, que jamás Cou-

derc ha cometido una acción fea para tener dinero. He sido un sablista, he mendigado con más ó menos decencia; cierto que sí. Pero he quedado limpio. Algo de esto sabe tu amigo, el dueño de Roquefón.

Se paró, cual si fijara su pensamiento en un problema; y prosiguió:

— Ó, después de todo, quizá no sepa nada; pues, de saber algo, acaso no me desechara tan descortésmente, antes.

— ¿Qué quieres decir, padrino?

— Nada. Yo me entiendo.

De nuevo se habló á sí mismo; luego, irguiéndose, chusco é inquietante con su levita negra, y con su sombrero de copa puesto de medio lado:

— Entremos en casa, dijo. Tengo sed. Supongo que me darás algo para refrescarme, pequeño. Tengo como un peso sobre el estómago. El aguardiente de Roquefón no pasa.

Subieron la pendiente y oblicuaron hacia un tejado de tejas que se erguía á unos quinientos metros de distancia, al final de un prado cerrado con vallas blancas. Algunas yeguas de vientre, en aquel cercado, pastaban con sus potrillos. Al pasar los dos compañeros, los potros echaban á correr, dando saltos... Una potrilla con patas finísimas reconoció á Majencio, que solía darle azúcar, y vino, tranquila, siguiéndole algunos pasos á lo largo de la valla.. La casita se iba precisando: un edificio de sólo planta baja y granero, lo que en el país se llama « una cartuja », rodeada de una huerta algo en desorden, pero ador-

nada de algunos rosales en flor. Era una antigua casa de colono, llamada la Hitte; había servido de morada á un administrador, en tiempo en que se efectuaban obras en el parque. En ella estaban instalados Majencio y su madre desde comienzo de las vacaciones.

Los dos hombres caminaban sin hablar. Couderc rumiaba frases que no producían ningún sonido, pero que debían de expresar pensamientos violentos, pues, de cuando en cuando, las acompañaban ademanes bruscos. Majencio, sin explicarse el por qué, se sentía irritado, ofendido. De su reciente entrevista con Teresa, sólo amargura le quedaba. Sobre él pesaban el rebajamiento material y moral de Couderc, y la humillante negativa de Pedro. Sentía rencor contra Couderc, contra Pedro y contra Teresa.

Llegaron al enrejado que cerraba la casa. Estaba entreabierta la puertecilla. Una mozuela de unos quince años, morena como una gitana, y cuya falda levantada dejaba ver un refajo encarnado y unas pantorrillas desnudas, de color de tierra cocida, regaba unos guisantes.

— ¿Está mamá en casa, Irma? preguntó Majencio.

— La señora Chretien ha ido al pueblo para comprar la cena, contestó la pequeña enseñando una carilla sucia, enmarañada de mechones negros.

Majencio entró en la casa, precediendo á su padrino. Desde el vestíbulo, un fresco agradable les acogió, mantenido por las maderas medio cerradas. Entraron en la pieza de la izquierda, bastante grande, que servía á la vez de cocina y de comedor. Majencio

abrió los cuarterones, dió claridad. Con piso encarnado, blanqueada con cal, muy limpia, con sus utensilios relucientes y bien colocados, y su amplia mesa cubierta de hule floreado, la pieza resultaba alegre, familiar.

Majencio pensó: « Poca cosa es, este orden, esta alegría... y, no obstante, esa poca cosa no es mía. Es una limosna, una limosna de él. Me da una limosna, como á Couderc. »

— Dí, pequeño, ¿no quieres darme algo para que refresque mi paladar? dijo humildemente el pobre hombre, quien se había sentado cerca de la mesa, poniendo encima de ésta su sombrero.

Á punto estuvo Majencio de rehusar brutalmente. Pero cambió de parecer y fué á abrir una antigua alhacena de cerezo que ocupaba el fondo de la cocina, de la que sacó una copa y una botella encarnada.

— Te ofrezco una copa de casis, nada más.

— Muy bien, muy bien, una copa de casis.

Majencio echó él mismo el licor, sin llenar la copa.

— No la bebas de un trago, padrino.

El viejo obedeció, contentándose con mojar sus labios en el rojo licor. Majencio, pensativo, de espaldas contra el montante de piedra de la chimenea, le miraba.

De repente, dijo:

— ¿Padrino?

— ¿Qué, pequeño?

— ¿Por qué decías antes que Pedro Hountacque te recibiera, de saber él ciertas cosas?

Hizo Coudere como que no había oído. Miró su copa medio vacía y se echó á reir.

— Supongo que no vas á medirle el casis á tu padrino, dijo. ¡ Mira lo que me has dado! Tanto como lo que coge en el dedal de tu madre. Vaya, sé generoso. El casis de María Chretién no puede hacer daño.

Impacientado, Majencio se fué á la alhacena, cogió la botella, y la puso sobre la mesa, delante de Coudere. No se atrevió éste á servirse en seguida; con astucia de borracho, intrigó la curiosidad de Majencio.

— Hijo mío, el dueño de Roquefón, si yo quisiera, me recibiría antes de anochecer, y en su salón. Y me haría sentar en su mejor butaca de terciopelo, y me acompañaría luego hasta la puerta, y él es quien me diría: « Señor Coudere... tenga usted á bien aceptar estos billetes del banco... y, cuando se le acaben, otros habrá para usted. »

Vivamente llenó su copa y la vació. Ni siquiera lo notó Majencio. Coudere prosiguió:

— Sólo que, Coudere no hace esas cosas. El dinero que el dueño de Roquefón me ha dado, se lo he pedido yo como á un compañero de la época en que ambos éramos pobres, y que ha subido mientras yo me hundía. Nunca sabrá que podría yo hablar más alto y decir: « ¡ Trae!... » Me satisface el decirte esto, Majencio. Acaso creas, ahora, que no es, tu padrino, tan repugnante como parece.

Excitado por sus propias palabras, el viejo se echó otra copa. Inofensivo para un organismo sano, aquel

licor casero acababa de intoxicarle. Pero ya no le vigilaba su ahijado.

— Te cuento esto, prosiguió Coudere, porque sé que eres reservado. Además, Pedro puede servirte de mucho... ó, mejor dicho, su mujer, quien te mimaba, bien á las claras se ve. — De modo que, si es rico, si está en auge, mejor para él, mejor para ti. Pero, los comienzos de su fortuna son algo turbios.

— Todo el mundo lo dice, añadió Majencio, que seguía apoyado contra la chimenea.

Su corazón le sacudía el pecho. Pensaba:

« ¡ Con tal que no vuelva ya mamá! el viejo cesaría de hablar! »

— Todo el mundo lo dice, repitió Coudere. Pero nadie puede probarlo. Yo, puedo. Yo, y otro.

— ¿ Qué otro ?

— Hemery. Pero Hemery no dirá nunca nada.

— Y á ti, contestó Majencio, á quien una curiosidad apasionada sugería las palabras precisas que había que pronunciar, á ti no te creerían.

Coudere se puso en pie, en actitud de desaffo:

— ¿ No me creerían? ¿ No me creerían si dijera que, cuando tomé el puesto de tu padre en el Crédito colonial, en Túnez, hallé cheques que eran falsos, cheques del contratista de obras Camboulives á favor de Pedro Hountacque, que el verdadero Camboulives, medio chocho entonces, no firmó nunca?

Una especie de alegre calor subía ahora del corazón de Majencio hacia su cabeza. Se empurpuró, como de placer.